

gre, transparentándose á cada instante por sus hervores en los arrebolados matices del rostro y en los fulgores de la mirada, Barbaroux parecía más bien modelo de un escultor consumado que tribuno de una plebe revolucionaria. Pero esta frialdad clásica de modelo impassible no empeciera jamás á pasiones, más numerosas que intensas. En aquella embriaguez de la revolución los sentidos nunca se adormecieron, antes bien se despertaron en voluptuosidades de amor, exacerbadas acaso por su vecindad á la muerte; y así Barbaroux se distinguió en verdadera fortuna con las mujeres mariposeando mucho sus besos ardientes sobre rosados labios, sin por ello contraer ninguna pasión duradera, ni en preferida ninguna fijarse. Aturdido, calavera, gárrulo, bromeador y gracioso; con toda la voluble ligereza y toda la fácil elocución de un marsellés; exagerador é hiperbólico, fanfarrón y heroico; entre aquellas federaciones de almas francesas, innovadoras y proféticas, á las cuales tantas otras almas, aunque idas allí de tierras extrañas, innovadoras y proféticas también, se asociaban; Barbaroux, representó la Provenza, querida de todos, una Italia gala por su verbo, por su poesía, por su arte. Veinticuatro años contaba poco más ó menos, al presentarse ante París en el segundo trimestre de un año, tan tormentoso y creador, como el año noventa y dos, encontrándose á sus amigos republicanos, erigidos ya en gobierno bajo la monarquía. Su calor comunicativo prendió en sus correligionarios, y su palabra florida de ilusiones engendró muchas esperanzas. Oyéndole, todo el mundo se contagiaba de su optimismo, y creía entre los recelos pegados á los ánimos por aquella situación verdaderamente trágica, en la salvación pronta, con una esperanza, nacida, no de la fe, de la neurosis á todos pegada por el joven y bello y exaltadísimo apóstol de la libertad universal. Muerto su padre allá por la Martinica, se casó en segundas nupcias con un procurador la madre viuda, el cual procurador no ejerció de padrastro, ni tuvo tampoco tan odioso nombre, pues amó á Barbaroux como á un hijo. Así le procuró esmerada educación doméstica y en cuanto llegó desde su niñez á su pubertad, le colocó en colegios, donde allegara una vastísima instrucción. Aunque fué, cual todos los jóvenes de su edad y tiempo, á un colegio eclesiástico, salió de sus enseñanzas, no con devociones místicas, con exaltada curiosidad por todo estudio y conocimiento científico, y con culto casi religioso á la humana razón. A los quince años, según la cuenta que hacen sus biógrafos, Barbaroux había cursado asignatura tan importante como la física, y conseguido en sus exámenes una beca, por la cual en mucho tiempo no sería su carrera gravosa de ningún modo á la familia.

Adolecía Barbaroux en vocaciones y oficios de una extrema inconsistencia y volubilidad. Unas veces la voz del cielo, que armoniza y concierta las propensiones con los fines, le llamaba por el camino de las ciencias exactas; otras veces le llamaba por el camino de las inspiraciones poéticas. A lo mejor, tomando el metro poético á lo Boileau, y el diccionario de la rima usual, versificaba pensamientos prosaicos y luego ponía ideas políticas

en teoremas algebraicos. Desde los estudios del derecho romano, como jurisconsulto, daba un salto y caía de cabeza en la clasificación de los metales, como un ingeniero de minas. Tras haber creído encontrar un artefacto eléctrico, á guisa de Franklin, cambia y cree no darle por electricidad y magnetismo el naípe. Hereda en la riberas mediterráneas una heredad, y se consagra con gusto al trabajo de los labriegos y á la fecunda labranza. Pero visita su hacienda, y como la encuentra situada en el cráter de un volcán apagado, escribe disertaciones y más disertaciones acerca de un tema tan controvertido como las erupciones volcánicas. Acabada la carrera de procurador para continuar el oficio de su padrastro, rompe como el célebre Ovidio con la carga que quieren sus padres prestar á su voluntad decidida y á su inteligencia firme, diciendo haber nacido destinado á los escritos, no á las escrituras. El talento suyo de orador y poeta creíale manchado con la destreza y malicia, tanto de los notarios como de los golillas. Su verdadero domicilio, su oficina propia, su casa, estaban en el Olimpo, según él, no en la escribanía. Por todo esto, riñas continuas y continuos disgustos con la familia. Y así, prefiere que le llamen expósito á que le crean dominado de los suyos, y luego se promete buena vida de los bienes que debe su padrastro en herencia legarle. Antes del estallido revolucionario le aqueja, pues, extremada perplejidad, y duda entre si tomará el camino de la India para ejercer el comercio y la industria, ó si tomará el camino de Italia para cultivar la poesía y el arte. Su padrastro no puede sufrirlo; y su madre atribuye todas estas inquietudes á necesidad y deseo de adquirir nombre y fortuna con arreglo á sus méritos y por impulsos de sus incontrastables deseos. Así, el matrimonio, la mujer por su amor al hijo, y el hombre por miedo al hijastro, deciden mandarlo á la capital de Francia, para que busque la codiciada nombradía ó fortuna y les deje á ellos en paz. Veinte años contaba en este período de su vida y nadie se le ponía al lado en petulancia y en descaro. Pretendiente y aventurero, lo mismo le daba en su tameridad cándida vender protección al ministro de quien solicitaba un empleo que festejar y enamorar á la dama de quien solicitaba una recomendación. Las descripciones de cuanto hacía requiriendo del sobrino de un señorón empleos, merece algún interés, por semejarse mucho á cualquier pasillo de nuestros pretendientes sin empleo y de nuestros covachuelistas con empleo. No dejaba la ida por la venida; se le hacia de noche siguiendo en paseo la persona requerida, y con el alba se personaba en la puerta suya cargado de su pretensión, como el antiguo cliente ó parásito romano de su esportula; escribía innumerables cartas á los parientes en cuarto grado del perseguido con requerimientos, en tal modo, que dice haberle puesto sin empacho el puñal á la garganta para ver si ofrecía el menor nombramiento, cual, si un sobrino de ministros tuviera credenciales como tiene bellotas un alcornoque. Sintióndose con todas las aptitudes, requerido de todas las vocaciones, puesto entre los grandes por la naturaleza, con el ejercicio de todas las ambiciones, cuyo logro había de satisfacer á la patria antes que él, no encuentra tasa este

importuno á dignidad alguna, dándole tanto ser marino que soldado, jurisconsulto que poeta, escritor que tribuno; y no pone las carreras eclesiásticas en línea y cuentas por no privar al género humano de su prole y á las mujeres de sus gracias. Mas, toda ilusión trae aparejadísimo su desengaño, todo cálculo su quiebra, toda esperanza su desesperación, de no fundarse á una sobre algo verdadero y sólido. Tanta ida y venida, tanta solicitud, sombrerazos y reverencias tan múltiples, las vigalias y los madrugones, dieron de sí á la poste una plaza en oficinas mineras de mísero escribiente. Y sus castillos en el aire no se derrumban al peso de tales desengaños; antes por el contrario, cada día surgieron más espléndidos en los espacios brillantes de su imaginación acalorada, incapaz de renunciar á sus caballerías épicas y á sus fantásticos proyectos. Ya empleado, su dineros menguan y sus necesidades crecen, por lo cual carta diaria reclamando con apremio y urgencia socorros; promesas de influencias venideras á su padrastra; halagos á la madre con el propósito de que regatease al menaje del hogar gastos y los diese para sus necesidades al hijo de sus entrañas, concluyendo todo en la necesidad inevitable de abandonar París é irse á Marsella.

Y este Barbaroux fué quien llevó los marseleses á París. Poco antes de tal hecho, poco antes de tan aventurada empresa, la fiebre diluída en los aires le habían contagiado la sangre del corazón, las ideas revolucionarias, reinantes por los salones y por los clubs, le habían penetrado en las entrañas del espíritu. Tanteando todas las vocaciones, encontró muy joven la que llenara su vida y le trajera su muerte, la vocación de político. Si trataba conversaciones á este respecto, veíase más calor en su palabra que en su alma, y si á la tribuna subía semejaba este pedestal armonioso de una viril animada estatua. Por los días de las federaciones, que fueran como los días edénicos de la revolución, Barbaroux, omnipotente de influencia sobre Marsella, federaba esta ciudad con las ciudades más ilustres del suelo francés, y muchas veces tiraba también á tener inteligencias con las ciudades extranjeras. En su actividad incansable, con su carácter atractivo, por su influencia helénica, Marsella pesara con pesadumbre imponderable sobre los destinos de Francia. Y Barbaroux, á comienzo del noventa y dos, recobra de su pueblo cargo tan grave como llevar una embajada solemne al gobierno y asamblea nacionales. A esta distinción, el regocijo le trastornaba. Ido en sazones anteriores como solicitante, como solicitado iba en esta segunda sazón. Apercebido á una escribanía y pretendiente de un cargo mínimo, entraba en París por la hora suprema del glorioso quinto año revolucionario, como un embajador del anfictioncico griego en los festejos de las asociaciones anfictionica. Con su carácter heleno, con su griego atavismo, con su afluencia provenzal, con su vaguedad en ideas y aspiraciones, con su exaltación ardorosa y su fe, junto con su esperanza optimista, el verdadero puesto de Barbaroux estaba en la joven y armoniosísima legión, que se llamaba la Gironda. Con efecto, los girondinos le recibieron y le aclamaron creyéndole un Mira-

beau nuevo. Mas Dios no cría genios de tal sublimidad con frecuencia, y así como pusiera una palabra hermosa en la fea persona del provenzal Mirabeau, pusiera también una palabra poco lejos de una honesta medianía en la viril hermosísima figura del provenzal Barbaroux. Las mujeres podían creerlo un Apolo; jamás los hombres le creyeron un Demóstenes. Y si la palabra no correspondía con su crédito, en cambio, correspondía la destreza. Por ella, por su flexibilidad meridional, se captó la diputación de su departamento y captada esta diputación, cuyos recelos pudieran contrariarle mucho, se captó una parte considerable de los jacobinos, tan implacablemente hostiles á la Gironda, cual todos sabemos. Su comisión iba contra el Directorio de Marsella, pues conspiraba con la reacción clerical del Mediodía, y á favor de las muchedumbres marselesas, quienes, con heroica indeliberación é inconsciencia, pedían seis mil fusiles con que aplastar dentro á los reaccionarios y á los emigrados fuera. Recién casado en este momento, y divertido de los amorios añejos, absorbió contemplando su ideal democrático, feliz con haber encontrado su vocación verdadera, comía en frugales banquetes con sus amigos y correligionarios, departiendo sobre la creadora libertad, y pasando en estos esparcimientos del arte á la ciencia, de los versos á los discursos de Horacio á Cicerón en el calor de una viva fe ardiente y en los espasmos de una consoladora esperanza. Imagináos con esta doméstica felicidad, con esta existencia consagrada del todo al culto de los grandes ideales, con las creencias y las esperanzas que le sonreían, con la juventud heroica é inspirada que le circundaba, el atleta heleno en su armonioso cuerpo, el cántico de la Marsellesa en sus labios, la República en su mente, cómo saldría de Marsella Barbaroux para ir á París.

Marsella tiene un carácter aparte y peculiar en el hermoso espacio denominado Provenza. Esta frase hoy burlona respecto de que descubrió el Mediterraneo quien pronunciara un dicho de Perogrullo, é hiciera un acto vulgar, tuvo su recta significación por los tiempos de las colonizaciones helénicas. Esas odiseas en que los Eolos guardan en pellejos sus vientos y las montañas se tornan en titanes y las ninfas yacen sobre lechos de algas en grutas de coral y las sirenas cantan desde los estriados escollos y los traidores bajíos; esos Hércules hendiendo el gaditano estrecho, cuyas dos porciones juntas unían el continente africano con el europeo continente, cosa confirmada por la moderna Geología; esos Jasones corriendo por Tracia en pos de Colquida, región guardadora del vellocino de oro; la maga Medea en su carro de fuego; y tantas otras fábulas dicen ó significan el descubrimiento de las aguas mediterráneas, desde su Occidente, hasta su Oriente, por los griegos de las edades prehistóricas. Les precedería ó no les precedería la gente fenicia, quizás la gente cartaginesa, de los fenicios heredera ó sucesora; mas no cabe duda hoy de que fundaron como los griegos de Rodas Rosas y los griegos de Ufiunza Ibiza y los griegos de Zante Sagunto, los griegos masaliotas Marsella. Y su alma griega no se ha ido todavía de su provenzal cuerpo. Adelantaría poco tierras adentro el griego marsellés, cuan-

CAPILLA ALFONSO
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
D. A. N. E. I.

do Provenza toda estaba cubierta de aquellos bosques druidicos, donde las ramas entrelazadas tendían una eterna noche sobre los suelos pavimentados de leña, y al pie de las encinas sacras se inmolaban los vencidos, destrozados con hachas y cuchillos de pedernal, sobre los dolmenes de musgo cubiertos y ahumados de holocaustos, ara de los crueles sacrificios humanos; pero es indudable que á orillas del mar celestial, fué la ciudad, hoy francesa, como una copia de las ciudades antiguas helénicas, por sus escuelas sabias, por sus gobiernos republicanos, por sus divinidades paganas, por su lengua melodiosa, por su heredada sangre y su espíritu armoniosísimo, tan pagado éste de la muerte como del amor, pues, en aquellos sus geométricos templos, cuyas moles parecían por sus proporciones odas ó himnos, los altares ostentaban artísticas áureas copas llenas de venenos, para que los masiolatas pudieran apurarlas y castigarse por su propia mano, suicidándose de grado, si habían inferido algún agravio á sus compatriotas y á su patria. Una ciudad así, perseverante hasta guardar, por centenares y centenares de años, el carácter griego, no podía menos que representar un gran papel en los escenarios de aquella revolución, calcada sobre los clásicos recuerdos de Roma y de Grecia. Por eso, cuando en medio de la efervescencia producida por las amenazas de los reyes; dirigiéndose ya las legiones del ejército reaccionario sobre la revolución, ciertas de acabarla; resonante la tribuna de arengas inmortales; zumbando los clubs, donde numerosos enjambres de trabajadores, pugnan por convertirse de súbito en legiones guerreras; Barbaroux, semejante por su figura muy ateniense, al soldado de Marathón, y circuido de sus marselleses republicanos, entonando el himno clásico de la libertad universal, entraba en París, debía parecer á una evocación de Grecia, conseguida por esos magnéticos ensueños universales de que son presa los pueblos al estallar ideas inmanentes, aunque silenciosas, en el tiempo, y subirse como la quinta esencia del humano espíritu á la cabeza de una generación desaparecida en sacrificio inmortal de la tierra en muerte y malogro prematuros, por el bien y el progreso de todas las generaciones. ¡Ah! Este acto de la llegada, más ó menos aparatoso al recibimiento más ó menos teatral; aquellas procesiones muy arregladas de antemano; aquellos discursos de guardacantón muy preparados, podrian aparecer hoy mismo ridículos de no haberles el combate y la muerte subseguido. Pero cuando tras los dichos llegan los actos; cuando se deja el hogar vacío por la patria en peligro; cuando se corre cantando á la trinchera como á una fiesta y allí se combate hasta morir en aras de una idea, con el ardor de los héroes, con la paciencia de los mártires, con la serenidad de los dioses, el regatear una corona de inmortales flores á los recuerdos santos, el no bendecir con bendiciones eternas la sombra de tal generación, equivaldría en verdad á declararnos ahora nosotros mismos, no solo incapaces de imitar, incapaces de comprender su valor y su grandeza.

El viaje de Barbaroux desde París á Marsella, el noventa y dos, recuerda una fecha decisiva en los anales de la Revolución Francesa, diciéndonos cuán esparcidas en los

espíritus estaban una tan grande aspiración como la guerra y qué elementos ejercía el elemento popular sobre la realeza y Congreso para decidir su declaración inmediata. En tal momento se transfiguró el aturdido y gárrulo provenzal. Como si lo grave del cargo le hubiese prestado de súbito otro carácter nuevo, y las instrucciones recibidas de sus poderdantes ó pensadas por él añadieran á sus naturales dotes el don de la experiencia, se moderó; y muy reflexivo primero en los arreglos del plan suyo, mostróse después muy circunspecto en su realización y cumplimiento. Frio, aunque caído en las voraces llamas de los incendiados sentimientos públicos, moderadísimo, aunque representando la ciudad más exaltada del mundo; sereno, y en equilibrio entre las rálagas de aquellos huracanes y los estremecimientos de aquellos terremotos; sobrio de palabra como nunca lo fué antes ni lo sería después; diplomático hasta reprimir y ahogar los espasmos de su patriotismo local; comerciante y economista, oficios y profesiones en abierta pugna con sus alardeos de orador y de poeta; Barbaroux parecía en el desempeño de su comisión otro hombre. La primero que hizo fué avistarse con el estadista extraordinario, á quien la opinión decretaba la dictadura. Como siempre y en todas partes hay sentimientos opuestos entre Norte y Mediodía. Barbaroux quiso, rindiendo parias á la naciente omnipotencia de Robespierre, desarmar una rivalidad como la perdurable natural entre ciudadanos de Arras y ciudadanos de Marsella. El diez y nueve de Febrero, aquel diligentísimo, embajador de pueblo á pueblo, se presenta en el cónclave de Robespierre, donde reina éste y gobierna, en el club de los jacobinos. Allí, no habla, lee. Nuestra inagotable afluencia nacional no comprende que se lea en público y se aplauda luego la lectura. Pero en Francia se observa frecuentemente un fenómeno así; la grande atención del público á las lecturas y las emociones por éstas sugeridas como si fuesen arengas habladas. Ciertamente que los franceses con razón se jactan de leer como no lee nadie y de dar á la lectura con el auxilio de los gestos y de los ademanes un parecido grande á la oratoria declamación. Así en aquel momento, aunque Barbaroux leía, como esta lectura se refiriese á las revoluciones marsellesas por la revolución y por la libertad universal, se puso de pie todo el público saludando unánime lectura y lector con una resonante aclamación. Robespierre formuló en palabras estudiadas como teoremas algebraicos y sabidas de memoria el sentimiento de la concurrencia. Dicen los periódicos de aquellos días que habló por modo sublime, y al joven marsellés le pareció que no tenía Robespierre una idea en el cerebro. Después de presentarse Barbaroux ante la primera corporación política, los jacobinos, se presentó á la primera corporación legal, los diputados. En el Mediodía lo perturba todo la guerra civil de los ánimos, pues por espacio alguno se presentaba un problema religioso y político tan extraordinario como el problema de Aviñón, al mismo tiempo que unas ciudades tan reaccionarias como Arlés, junto á otras ciudades tan exaltadas como Marsella, Barbaroux defendía con defensa continua las grandes corporaciones revolucionarias de su re-